

SEGUNDA PARTE

III

Una nube de polvo obscureció la limpidez del aire mientras los caballos á un trote cadencioso recorrían el camino bordeado de árboles que conducía al castillo.

— ¡ Ahí están ! ¡ Ahí están ! gritó una voz.

— ¡ Cuidado, muchachos ! dijo un hombre que tenía en la mano un cohete.

La charanga de la aldea de Maillane se alineó tumultuosamente al lado de un arco de follaje construido delante del pabellón de entrada, y en este momento una carretela, seguida de un carro de equipajes, apareció en el recodo del camino. El hombre del cohete, que era el alcalde de Maillane, aproximó la mecha y una bomba voladora se elevó en el aire con terrible estrépito. Como invitados por la detonación, sonaron los instrumentos de la charanga y una verdadera tempestad orquestral saludó la llegada del amo á sus dominios. La carretela se paró. En el fondo había un

hombre de bella fisonomía, cabello gris y mirada segura. Á su lado una mujer joven todavía, muy morena y con el cutis mate de las españolas, y en el asiento delantero una encantadora joven que sonreía á las aclamaciones, al tumulto y á la música.

— Muchas gracias, señor alcalde, por su recibimiento, y á vosotros, amigos míos, por vuestras simpatías, dijo el viajero con voz fuerte. Me recibís como á un príncipe y no soy más que un simple ciudadano como vosotros... Permitid que lleguemos al castillo é id allí á reuniros conmigo. Estas señoras y yo tendremos mucho gusto en recibirlos... Y allí estaremos mejor para hablar que en el camino.

Un caluroso viva acogió estas palabras. La carretela se puso en marcha, atravesó la verja y después de recorrer un hermoso parque, se detuvo delante de la escalinata de una vasta casa blanca y rosa, á la que la gente del país llamaba pomposamente castillo. En la escalinata y precediendo al personal de la casa, estaban tres hombres recién llegados de París y que esperaban la llegada del dueño. Los tres bajaron la escalinata y uno de ellos se adelantó para ayudar á bajar á las señoras.

— ¡Hola, Claudio! ¿Comó va? dijo el viajero golpeando amistosamente en un hombro al que salía á recibirlos.

— ¿Han tenido ustedes buen viaje? preguntó éste sin responder. ¿Qué tal el mar?

— ¡Magnífico! Como una balsa de aceite, señor Brun, dijo la mujer morena saltando desde el estribo. Mi hija Bella no se ha mareado y Maillane no ha tenido que arrepentirse de habernos traído.

La señora subió los escalones seguida por su marido y por su hija, y dijo deteniéndose ante los otros dos

hombres que la esperaban ceremoniosamente en el vestíbulo:

— ¡Ah! ¡Qué amabilidad!

Se cambiaron algunos apretones de manos y Maillane exclamó con ruidosa cordialidad:

— Buenos días, Remancón... ¿Nada de nuevo en la Bolsa, eh? Y usted, querido Barandet, ¿los metales no están muy pesados? ¿No? ¿Todo va bien? Pero entren ustedes... Y tú, Brun, no tienes palabras ni miradas más que para mi mujer y mi hija política...

Todos entraron al salón donde se habia servido un *lunch*. El alcalde y los concejales entraron después, acompañados y ceremoniosos, andando por aquel suelo escurridizo y brillante como un espejo.

— Que den de refrescar á la charanga... y á todas las buenas personas que los acompañan... Instalad á todo el mundo en la explanada de los naranjos y que se les dé de comer y de beber.

— Voy á hacer que se cumplan esas órdenes, dijo Claudio Brun, que parecía estar allí como en su casa. Remancón y Barandet se apoyaron en la chimenea y miraron con curiosidad la sociedad abigarrada reunida en el salón del castillo de Maillane. Barandet, con su gran aspecto de consejero de Estado, pelo blanco de corte eclesiástico, cara afeitada de rasgos burlones y la mirada indiferente del hombre que no quiere dejar adivinar su pensamiento, y Remancón regordete, colorado, cráneo desnudo, labios socarrones, vestido con una elegancia rebuscada y con el aspecto de un seductor, daban un tono decorativo á aquella reunión de campesinos.

— Que rueden hasta el patio un tonel de vino para que todos beban á mi salud, dijo alegremente el señor

de Maillane. Señor alcalde, acepte usted una copa de champagne en honor de la República...

Los viajeros estaban ya haciendo los honores al *lunch*. Los tapones saltaban y las botellas, sumergidas en cubos de hielo, repartían la espuma por sus cuellos de plata.

— ¿Y los trabajos del puerto de Gabes, van bien? preguntó el alcalde con sonrisa obsequiosa. ¿Ha encontrado usted los trabajos adelantados?

— No van mal, señor alcalde. El gobierno tendrá la sorpresa de inaugurar el año que viene un puerto que no contaba ver terminado hasta dentro de dos años... Habremos hecho un milagro...

— Es su costumbre de usted, querido Maillane, dijo Barandet con su voz grave y solemne. Los trabajos milagrosos que ha realizado usted en América aseguran de antemano sus empresas europeas... Sus accionistas de usted son unos felices privilegiados que le deberán la fortuna... Y el Estado habrá de tener en cuenta sus esfuerzos para asegurar á Francia una sólida base de operaciones en el Mediterráneo.

— ¡Bah! Mi querido Barandet, no esperamos el agradecimiento del gobierno. Hemos trabajado para hacer una hermosa obra... Este puerto de Gabes, con su arsenal, su muelle y sus fuertes, será una creación grandiosa y podrá abrigar toda una armada pronta á lanzarse contra el enemigo. Con Bicerta y Gabes, se puede decir que somos dueños del mar...

— Á usted se deberá esa ventaja, exclamó Remancón. Nunca se repetirá bastante. Por lo demás los electores de Maillane lo saben bien y le enviarán á usted al Congreso para hacer triunfar las grandes ideas de progreso industrial. En esta región hay mucho que hacer... Un

canal que uniese el Durance con el lago de Berre y un ferrocarril que pasase por Maillane para ir á Nimes serian una fuente de riqueza inextinguible para el comercio local...

— Hace muchos años que esperamos la realización de esos proyectos, dijo el alcalde con calor.

— Pues bien, ahora no esperarán ustedes mucho tiempo, exclamó Maillane; tenemos en estudio los planes de esos dos gigantescos negocios y para nosotros estudio quiere decir ejecución. La industria moderna, servida por los inmensos capitales de los suscritores, puede hacer milagros, como el de metamorfosear la Crau, por ejemplo, repartiendo en ella aguas fertilizadoras, y centuplicar el valor de los baldíos de Maillane y de toda la comarca, haciendo pasar por ellos un ferrocarril que facilite los cultivos que le faltan.

Todos escuchaban en un silencio de admiración las palabras vehementes y persuasivas del que hablaba. Al oírle, la realización de sus proyectos parecía tan fácil, que los propietarios de los baldíos se veían ya ricos. El ferrocarril circulaba ya y las aguas fecundaban las piedras del pobre valle para aquel hombre que se embriagaba con sus propias quimeras. Claudio Brun, sin embargo, se acercó á él con disimulo y le dijo al oído:

— ¡Siempre el mismo! ¿De qué te sirven las lecciones del pasado? ¿Cuándo sabrás ser frío y tranquilo?

Maillane se sonrió y dijo inclinándose hacia su amigo:

— ¿Para qué moderarme? Puedo dejarme llevar de mi carácter, ahora que no temo los desengaños, puesto que todo lo que emprendo me sale bien. Las horas de tristeza han pasado y la suerte se ha presentado resuel-

tamente como desquite de los malos días. No me acuses de conservar el ardor de la juventud. Precisamente por mi calor sincero influyo en los ánimos y obtengo mis éxitos. Mi entusiasmo, que ha sobrevivido á tantas pruebas, es el secreto de mi fuerza. Soy un soñador si quieres, pero un soñador que realiza. Y esta es la cuestión.

— Si, murmuró Claudio encogiéndose de hombros. Eres el señor de Maillane, rico y poderoso industrial, hombre de negocios lleno de recursos y á punto de ser diputado por tu distrito. Pero sigues también siendo Dartigues, con tu costumbre de cegar á los demás y á ti mismo. Ten cuidado; para mantenerse en una alta situación hay que ser reservado y prudente. No prometas lo que sabes que no puedes cumplir. No estamos ya en la América del Sur, donde todo se arregla con tiempo, con audacia y con dinero. Francia es un país en el que la exactitud es soberana y decisiva. Aquí las palabras tienen un valor exacto y se valúan las promesas y las realidades. Bien lo sabes tú, que tanto has batallado sin poder triunfar. No te gastes, no te desacredites, resérvalte. Observa á Barandet y á Remancón. Ésos te oyen hablar, pero no dicen nada ni piensan más que en sacar partido de tu facundia. Así tú tendrás la responsabilidad y ellos el provecho.

— Y bien, tienes razón, ¡qué diablo! No se puede uno reformar. Hay que aceptarme con mis cualidades y mis defectos. Pero basta de conferencia; no es este el momento de cuchichear por los rincones. Hagamos la propaganda electoral puesto que á eso hemos venido. Eres chistoso, después de todo, acusándome de hacer promesas cuando se trata de conquistar á los electores... Es la ocasión de redoblar y de echar discursos delante de la barraca...

Maillane se separó de su consejero y volvió al grupo municipal. El alcalde estaba en poder de Barandet y Remancón, que le estaban aplastando con sus observaciones políticas, en las que desfilaban familiarmente todos los personajes del gobierno, y con sus ideas financieras que hacían correr ante los ojos del pobre hombre un río de oro. Bajo la influencia de los refrescos el cuerpo electoral de Maillane sentía crecer por momentos su confianza y su entusiasmo. La presencia de las señoras, elegantes, amables y algo coquetas, completaba la impresión de bienestar que sentían los presentes. La reunión estaba envuelta en una atmósfera de satisfacción y de credulidad, gracias al prestigio de la palabra del dueño de la casa, el cual, á veinte años de distancia y en medio de la abundancia, era el mismo Dartigues de la miseria.

— Nos vamos, señor de Maillane, dijo el alcalde. No queremos abusar de su amable hospitalidad. Después de un largo viaje, estas señoras y usted deben necesitar descansar... Pero ya nos veremos...

— Mañana mismo, señor alcalde; cuente usted con ello. Y en seguida empezaremos nuestra campaña...

El ayuntamiento, precedido por el alcalde, estaba ya en la escalinata. El parque ofrecía el espectáculo de una feria improvisada. En los bancos de piedra las personas formales estaban hablando y fumando á la sombra de unos magníficos sicomoros, mientras que en el centro se había organizado un baile al son agrio y ronco de una flauta y de un tamboril. La familia Maillane y sus visitantes permanecieron unos instantes en la escalinata contemplando aquella agradable y animada escena, hasta que el baile cesó, la flauta y el tamboril se callaron y la gente de la aldea se retiró saludando y dando las gracias. Los cánticos se perdieron á lo

lejos y el parque se quedó solitario á la sombra de sus árboles centenarios.

Desde que salió de París y de Francia, la vida de Dartigues había sido una serie de asombrosas aventuras. Su nombre de señor de Maillane no provenía de una fácil y tranquila herencia de la propiedad así llamada. Se habían deslizado muchos años de esfuerzos sin que se realizasen sus esperanzas. Al principio, la famosa hacienda de América, que existía realmente, había ocupado su actividad durante muchos meses. Allí había conseguido criar caballos con el producto de la venta de los bueyes, pero esta especulación, buena al empezar, se había convertido en mala á consecuencia de los derechos prohibitivos que cortaron de raíz la venta empezada en la América del Norte.

Cansado de galopar por la sabana para vigilar sus haciendas y sus corrales y presa de la nostalgia de las ciudades, Dartigues rompió su contrato con el negociante del Havre y dueño de unos miles de piastras, fué á reunirse con Claudio Brun, que estaba en Santa Fe al frente de una casa de comisión, y allí, con su facilidad de verlo todo en grande y de color de rosa, quiso dar extensión al comercio, hizo créditos más importantes á los negociantes del país y consiguió en unos meses echar por tierra la casa. Algún tiempo después Brun y Dartigues se encontraron al frente de un *music-hall* en Filadelfia, en el que unos negros bailaban al son del benjé y unas bonitas mulatas servían *cocktails* en la sala.

En seguida y con los beneficios de su campaña teatral, montaron una empresa de barcos frigoríficos para llevar carnes á Europa desde San Francisco. El negocio se hizo pronto productivo, pero Brun intentó una operación de trigos que no resultó y que puso á los dos

asociados más bajos que nunca. Por último, en Valdivia, Dartigues encontró á la señora de Hernández, viuda del general de este nombre que fué presidente de Guatemala, y consiguió casarse con ella.

Desde este momento, la suerte cambió por completo, y todas las empresas de Dartigues salieron bien. ¿Fué la bigamia la que le dió buena sombra? Porque el aventurero no se cuidó de su primer matrimonio, no pensando volver á Francia, y se casó con la viuda de Hernández según la ley americana. Pero todo lo que Dartigues tocaba se convertía en oro, y Brun le decía muchas veces:

— Has encontrado el secreto de los alquimistas de la edad media. Pones céntimos en una caja y se convierten en guineas ó en luises de oro.

Dartigues, apoyándose en la fortuna de su mujer, cuyo primer marido había administrado por algo la hacienda de su país, se sintió poseído de una gran seguridad. Contrató los trabajos del ferrocarril del Paraná, llevó de Europa ingenieros, máquinas y obreros é impulsó con febril actividad aquella enorme empresa. En cuatro años ganó una fortuna como son las de América, é interesó al gobierno francés por la penetración comercial é industrial en ese país sometido hasta entonces á la influencia inglesa.

Claudio Brun, con mucha habilidad, fué á Francia é hizo valer los méritos de Dartigues, explicó las ventajas políticas que ofrecía la toma de posesión de la línea del Paraná por agentes franceses, é hizo ver la posibilidad de tomar de nuevo el negocio del canal de Panamá para un hombre de la fuerza de Dartigues, salvando así en parte los capitales de las pequeñas economías. Claudio Brun fué escuchado con favor y volvió á América con la cruz de la Legión de Honor para Dar-

tigues y el nombramiento de cónsul general para él.

Los dos compadres se vieron, pues, á punto de ser ricos y considerados, y entretanto se dieron una vida de nabab en aquellos países de costumbres fáciles en los que el prestigio de la riqueza es decisivo, hasta el punto de que se ahorca á un pobre por un hurto insignificante y se nombra á un rico gobernador de una provincia á consecuencia de un robo vasto y lucrativo. La frágil moral de Dartigues se relajó definitivamente al contacto de aquellas justicias desiguales y tomó la costumbre de mirar como lícito todo lo que no pudiera producir consecuencias desagradables. Consideró así como cosa corriente el pagar á los agentes encargados de inspeccionarle y á todas las personas con las cuales le convenia estar en buenas relaciones oficial ú oficiosamente. Había elevado la corrupción á la altura de un principio y procedía en todo y por todo dinero en mano. Encontraba tanta facilidad en pagarlo todo, que no creía que hubiese nada que no se vendiera.

Era bueno para su mujer y tierno padre para la hija del presidente Hernández, una encantadora morena de quince años, llamada Bella, que se parecía extrañamente á un ayudante que había tenido el general durante toda su carrera militar y política. Desde su partida de París, Dartigues no había vuelto á hablar más que una sola vez de Francine y de Pedro. Fué una noche, en Filadelfia, en el tiempo más desastroso de su miseria. Los dos hombres habían tomado como único consuelo el whisky, y sentados en una taberna, rodeados de alemanes y de irlandeses, estaban escuchando con la cabeza baja las conversaciones en lengua extranjera que se cambiaban á su alrededor. Todó contribuía á hacerles sentir más duramente su miseria y su aban-

dono. Dartigues dejó escapar una blasfemia y dijo al ver que Claudio permanecía impasible y mudo :

— ¿Pero tú no sientes nada? ¿Eres inaccesible á la tristeza, á la desanimación y á las penas?

— ¿Penas, por qué? preguntó friamente Brun. ¿Por los recursos que acabamos de perder en una especulación loca y por tu culpa? ¿Por el bienestar que habíamos al fin obtenido? ¿Es eso lo que sientes?

— ¡No! Es el haberte escuchado cuando me has arrastrado lejos de Francia, á estos inmensos países en los que me siento perdido, ahogado, como en un océano humano. ¿Por qué te seguí? Ahora estaría tranquilo y dichoso.

— Puede ser, en la baja satisfacción de una vida de obrero y ni esto es seguro. Tu mujer hubiera acabado por ponerte en la puerta...

— ¡No hables de ella! exclamó Dartigues. La odiabas y para hacerle daño me arrastraste contigo. Fui un infame con ella, que era una buena y honrada criatura.

— ¡Que te engañaba, imbécil!

— ¡Mientes!

— ¡Bah! Tú mismo lo sabes. ¿Es el aguardiente lo que te pone tan sensible esta noche? Tú me has dicho que sospechabas que el mediquillo de la casa te reemplazaba cuando estabas fuera. Ya te había sustituido por completo y la buena y honrada criatura cuya ausencia deploras porque no tienes dinero y estás inquieto por el día de mañana, habrá dado un suspiro de satisfacción al ver que no volvías. No estabas hecho para ella, pobre Dartigues, y tu mujer lo sabía bien. No tengas, pues, remordimientos. Estuviste en tu derecho al marcharte y serías muy importuno si volveras. No pienses más en lo que dejas detrás ni mires

otra cosa que el porvenir. Has hecho en tu vida un corte de cuentas enteramente definitivo.

Dartigues no respondió, siguió bebiendo y cayó en una sombría borrachera. Desde aquel día pareció que Francine se había borrado de su recuerdo. ¿Pensaba alguna vez en los que había dejado? Dada su movilidad de espíritu, es posible que no. Dartigues no pensaba más que en sus proyectos y siguiendo el consejo de Claudio, no miraba más que hacia adelante. El sentido moral de aquel desgraciado se perdió completamente en la lucha que sostuvo contra los hombres y las cosas para llegar al éxito y llegó á no mirar más que los resultados y á tener por indiferentes los medios.

Había encontrado á la viuda de Hernández en Valdivia, en el viaje de estudio de un negocio que debía preceder al del ferrocarril del Paraná. Pensó que la viuda del presidente podía serle útil á causa de sus influencias y viéndola muy embarazada por la gestión de una fortuna algo embrollada en la que algunos hombres de confianza manipulaban á su placer, se ofreció como consejero, gustó como hombre y prestó bastantes servicios para que la viuda considerase como un desastre su partida y su separación. Dartigues vió la situación y supo aprovecharla. Hizo comprender á la viuda que no podía permanecer á su lado sin comprometerla y sin perjudicar á sus propios asuntos, y ofreció un medio de arreglarlo todo que era el matrimonio. Y sin el menor escrúpulo se casó con la viuda de Hernández.

Desde aquella época estaba en relaciones de negocios con Remancón y Barandet. El primero tenía ya sobre sí la inmensa quiebra de la Sociedad Europea, que constituída con un capital de cincuenta millones,

había decuplado el valor de sus acciones por un agio espantoso y caído después á la nada á consecuencia de especulaciones colosales sobre las minas de Tejas. Barandet, antiguo prefecto y consejero de Estado y gran oficial de la Legión de Honor, había conquistado la reputación de administrador notable en la liquidación de la Sociedad Europea, haciendo durar las cuentas más de seis años, de tal modo que cuando todo estuvo anotado, examinado é intervenido, el activo entero resultó devorado y no quedaba más que un trabajo de contabilidad de claridad maravillosa en el que se fijaba el empleo de todas las sumas, pero sin dejar á los accionistas más que el derecho de llorar su ruina.

Aquellos hombres estaban hechos para entenderse. Remancón salió rico de la quiebra de la Sociedad Europea y Barandet se redondeó con su liquidación. Los dos entraron en relaciones con Dartigues, que necesitaba corresponsales en Europa, y desde el primer momento le reconocieron como uno de los suyos. Claudio Brun vino á París para entenderse con los dos hombres de negocios acerca de la formación del capital para el ferrocarril del Paraná y en un momento se pusieron de acuerdo. El cambio, en América, hacía fáciles todos los manejos y Remancón y Barandet eran expertos en el arte de hacer ver lo blanco negro. Dartigues, por su parte, sobresalía en inspirar confianza á los accionistas, deslumbrar á los ingenieros y arrastrar á los hombres de gobierno. Y el ferrocarril del Paraná, emprendido con modestos medios, se terminó en el plazo convenido, hizo la fortuna de sus iniciadores y, hecho milagroso, llegó á ser un buen negocio, á pesar de los formidables provechos obtenidos por los que le habían manejado.

Una sola nota discordante se hizo oír en el concierto de elogios que se elevó en torno del sindicato Dartigues, y esa nota la dió el cónsul de Francia en São Paulo. M. Ramón era un hombre honrado y un hábil comerciante que había confiado en el porvenir de la empresa é impuesto en ella capitales importantes. Siguió la marcha de los trabajos y el modo de obrar de los constructores, se dió cuenta de sus procedimientos y se propuso mejorarlos. Pero su intervención, que podía ser molesta, fué anulada hábilmente por Claudio Brun, el hombre avisado del sindicato. Viendo que Ramón hacía observaciones sobre la marcha de la explotación, Claudio pensó que el mejor medio de paralizar su intervención era hacerle entrar en el Consejo directivo. Y allí, anegado en la mayoría, influido por Dartigues, acariciado por Brun é impresionado á lo lejos por la posición y los títulos de Barandet, el cónsul se encontró incapaz de hacer nada útil, aunque no cesó de protestar. Con un cinismo aumentado por la impunidad, Dartigues y sus colegas no se molestaron ya siquiera en ocultar al cónsul las trapisondas á que se entregaban, y éste, espantado, pero impotente para vencer á tales adversarios, como no fuera arruinando la empresa con sus revelaciones, tomó el partido de retirarse del Consejo, pero por una obstinación de negociante que ve un negocio lucrativo, se negó á vender á Brun sus acciones de fundador. Ramón no se engañaba. Dartigues salió de la empresa con cuatro millones de ganancia ilícita y sus intereses en la Sociedad, que debían valerle magníficos beneficios cuando empezase la explotación.

Rico ya, Dartigues sintió por primera vez la nostalgia de su país. Aquel aventurero que había rodado por el mundo sin otro cuidado que el de acudir allí

donde le sonriera la fortuna, se encontró de pronto triste por no tener nada á que poder arraigarse. Hacía muchos años que vivía en asilos alquilados, grandes y lujosos hoteles cuando tenía dinero y pobres tabucos cuando su bolsillo estaba vacío. En la actualidad habitaba un magnífico palacio, con su mujer y su hija política, y en sus salones resplandecía el lujo más insolente y más chillón, afirmado por las telas deslumbradoras de los muebles y por los suntuosos dorados que cubrían las paredes.

Allí pensaba algunas veces en la casita de la calle de Charrettes, en la que había pasado los meses más dulces y más puros de su vida, y lleno del recuerdo de aquellas viejas moradas normandas grises y graves, el pasado le parecía un lugar de frescura en medio del desierto ardiente de su vida actual. Pero esos sentimientos no duraban, pues el sentimentalismo no era el flaco de Dartigues. Y pronto el hombre práctico ahuyentaba esas fantasías poéticas.

Sin embargo, Dartigues echó de ver que el ganar dinero no era todo y que acaso conviniera ocuparse en gozar de él. Buscó en qué gastar sus rentas de modo que le procurasen verdaderos goces, y tuvo que reconocer que la América del Sur podía ser favorable á los Europeos que tratan de enriquecerse, pero que una vez conseguido, no había más que embarcarse para Europa, única región del mundo en la que el uso de la fortuna es cómodo y agradable.

Comunicó estos pensamientos á su mujer y la encontró más de su parecer que él mismo. La viuda del presidente había adquirido un desprecio absoluto de sus conciudadanos y el convencimiento de que, con millones, la vida no era posible más que en París, y Bella Hernández, que era entonces una encantadora joven

de quince años, se adhirió con entusiasmo á la proposición de su padrastro. Pronto, pues, un rápido transatlántico, que no tenía más que muy vagas semejanzas con el barco sucio y lento que le llevó á América, condujo á Europa á Dartigues millonario.

Claudio Brun le había precedido, viendo, como hombre prudente, los peligros que al volver á Francia podía correr su amigo. Vino á París y puso discretamente la policía en movimiento para saber lo que le importaba sobre la situación de Francine. Pero por mucha actividad que empleó en sus averiguaciones, tropezó con verdaderas imposibilidades. Supo que la mujer de Dartigues había vivido un año en Rouen con su padre; que después volvió á París, donde estableció un almacén de lencería que llegó á cierta prosperidad; que en esa época pidió el divorcio y le obtuvo; y que después vendió el almacén, sin que fuera ya posible saber qué había sido de ella. Estos acontecimientos ocupaban un período de cuatro años, de modo que al interrumpirse, el niño de Francine debía tener ocho años.

¿Qué había sido de ella? ¿Se había vuelto á casar?

¿Vivía en una provincia? La policía, activada por Brun, se negaba ya á continuar sus pesquisas, de tal modo, que Claudio creyó ver el efecto de una consigna, como si de las altas esferas hubiera partido la orden de no seguir buscando á Francine. Después de todo, lo importante era saber que Dartigues, al volver á Francia, no corría el riesgo de poner en presencia á sus dos mujeres.

Desembarcado en Marsella, el meridional volvió á ver con encanto el país de su infancia. La tierra le pareció hospitalaria y los habitantes sociables y agasajadores. La casualidad le condujo á Maillane, propiedad que

estaba á la venta; la compró y pasó allí unos meses de invierno en una tranquilidad que nunca había conocido. Por primera vez en su vida gozó del presente sin preocuparse febrilmente del porvenir. Pero un día llegaron Brun y Remancón con el proyecto de contratación de las obras del puerto de Gabes y la agitación de los negocios volvió á apoderarse de Dartigues. En aquella época, deseando borrar por completo el pasado, Dartigues empezó á hacerse llamar señor de Maillane, idea que partió de Brun, siempre prudente, y que agradó á la viuda de Hernández para la cual tenían mucha importancia las satisfacciones de la vanidad. Pronto desapareció por completo Dartigues y en los negocios, en los ministerios y en sociedad no se conoció más que al señor de Maillane.

Con la fortuna le vino la aversión á la canalla, y después de haber vivido con la hez de San Francisco, en medio de los marineros borrachos y de los buscadores de oro, con el revólver en la faja, se hizo clerical, afinó sus maneras, y afectó tratar con desprecio las miserias populares. Barandet, hábil director del pensamiento del millonario, le había inspirado un oportunismo muy productivo, porque le permitía estar al lado de los hombres que ocupaban el poder y le hacía posible una secreta alianza con los reaccionarios.

Remancón era francamente legitimista, lo que no le estorbaba para obtener cuanto quería del gobierno republicano, de tal modo que más de un demócrata se vió pospuesto á las criaturas dudosas y de opiones falsificadas de aquel sostén de la monarquía. Remancón tenía una actitud muy ventajosa, que consistía en parecer siempre á punto de pasarse al enemigo, y gracias á esa apostasía siempre en flor y nunca ma-

dura, gozaba gran influencia en el partido contrario, donde decían de él: Hay que tener consideraciones á Remancón, que se vendrá con nosotros tarde ó temprano. Aquel « tarde ó temprano » era el medio de explotación del hombre de negocios, y no se sabía lo que había costado á la administración. Remancón se preparaba á usar ese talismán para proporcionar el favor ministerial á la candidatura de Dartigues; con el propósito también de echar por tierra en Maillane al socialista Barres, utopista peligroso cuyo programa consistía tan sólo en el progreso del proletariado.

Cuando se fueron el alcalde y el ayuntamiento de Maillane y se dispersaron los últimos electores copiosamente obsequiados, los tres amigos de Dartigues, mientras las señoras se cambiaban la ropa de viaje, se reunieron en el despacho del dueño de la casa, gran pieza próxima al salón, con artesonados de roble y hermosos tapices antiguos. Una ancha mesa escritorio estilo Luis XIV, con remates de cobre pulimentado, ocupaba el centro de los balcones, y unos cómodos y profundos sillones se ofrecían á la meditación y al reposo. Una biblioteca llena de libros sobriamente encuadernados presentaba á Dartigues, cuya ignorancia era prodigiosa, todas las riquezas científicas y literarias antiguas y modernas. El hombre de negocios se sentó, cogió un cigarrillo de papel, ofreció á sus amigos un cajón de puros y dijo:

— ¡ Bueno! Ahora que estamos tranquilos, ¿ qué hay de nuevo?

— Muchas cosas, dijo Barandet con su voz grave y solemne. Ante todo, anuncio á usted que la lucha con su contrincante en el distrito de Maillane va á ser muy seria y tendrá más amplitud de la que lleva consigo una elección de provincia. No hay que perder de vista

que Barres es una especie de apóstol, cuya pureza y cuyo desinterés son notorios. No se le puede, pues, morder desde el punto de vista de la moral y esto es fastidioso como elemento de discusión, pues la calumnia es el arma más segura para matar á un adversario. No podemos tampoco atacarle desde el punto de vista revolucionario, porque ese es precisamente su programa. Se trata, pues, de un hombre peligroso, que tiene detrás toda la prensa socialista. No ignora usted que Barres ha hecho dimisión del cargo de diputado por Valenciennes para permitir la entrada en las Cortes á Juan Pecqueur, el jefe del partido socialista. Así pues, el distrito de Maillane será el palenque en que se librará el combate entre los dos partidos que se disputan el poder.

— En eso, interrumpió Remancón, tiene usted una gran ventaja, porque el gobierno le sostendrá por debajo de cuerda en odio al socialismo y encontrará usted auxiliares en todos los empleados, lo que no es de desdeñar... Los hombres del poder piensan que tarde ó temprano irá usted á ellos y, en todo caso, le preferirán á un agitador público.

— ¡ Tarde ó temprano! Sí, dijo riendo Dartigues; esa es la fórmula favorita de Remancón.

— Con ella, amigo mío, no se promete nada y se hace esperar todo, lo que es muy cómodo. Nada embara tanto en política como los compromisos.

— ¡ Bah! Siempre que no se cumplan...

— El cinismo no da resultados más que cierto tiempo... Lo mejor es reservar las resoluciones y descontar de antemano los resultados.

— ¿ Cómo va nuestro periódico *El Eco del Sur*? preguntó Dartigues. ¿ Lleva bien la campaña?

— Yo me ocupo de eso, dijo Claudio Brun. Tenemos

un redactor excelente, un antiguo comunero vuelto á la razón y que ha visto que se saca más provecho trabajando por la clase capitalista que tratando de destruirla. Tiene facultades, y carece de escrúpulos; un buen periodista. Es verdad que tiene enfrente al *Centinela del Mediodía*, que publica hace quince días unos artículos firmados P. A., de una dureza sin ejemplo. Parece que son de un periodista parisiense que nos han enviado para que te sienta las costuras... Y lo hace admirablemente.

— Buen provecho le haga. Hemos visto casos peores en el Ecuador, donde las polémicas se hacen á tiros de revólver. Ya se cansará de atacarme y, por otra parte, yo no leo ningún periódico, ni el mío...

— Yo me encargo de ese cuidado y te tendré al corriente.

— Lo importante es triunfar, dijo Barandet. ¿Qué importan las injurias dirigidas contra un candidato si éste es elegido de todos modos? Todo lo borra la victoria y el éxito es el mejor cepillo para quitar el lodo. En los tiempos de rebajamiento de los caracteres y de las conciencias en que vivimos, es preciso que un hombre como Maillane esté en condiciones de llegar al poder. La apoteosis de la sociedad capitalista no puede verificarse sin que uno de sus más admirables representantes tome parte en ella. La potencia financiera es hoy ilimitada puesto que todo se compra. He aquí por qué debemos impulsar á nuestro amigo hacia la Cámara por todos los medios de que disponemos. Una vez allí, le conozco bastante para saber que no se detendrá en el buen camino. Tendrá el poder á su alcance y sabrá cogerlo. Una vez ministro y disponiendo de la hacienda ó del comercio de Francia, pensad lo que podrá hacer Maillane por los que le hayan ayudado á elevarse.

Ánimo, pues, amigos míos. Trabajemos esta elección como si se tratara de nuestra propia grandeza y de nuestra fortuna personal. ¡Al éxito de Maillane, que será nuestra obra!

Y con su aspecto de antiguo personaje oficial, Barandet cogió una copa de champagne y la levantó en el aire como para invocar á la fortuna. Sus amigos, electrizados, hicieron lo mismo, y Dartigues, inflamado por su ambición, se dejó arrebatar por la embriaguez de aquella hora en la que podía ya ver los resultados obtenidos y los que iban á venir. Al oír á sus amigos aclamarle poderoso y feliz, creyó en su poder y en su felicidad y se creyó capaz de conseguir cuanto ambicionaba. Levantó también su copa y dijo con un ardor que iluminaba su semblante:

— Acepto el pacto. Triunfaré y vosotros conmigo, Nuestros destinos estarán unidos y prosperaremos al mismo tiempo y por los mismos medios. Cuando considero mi punto de partida, me creo capaz de llegar á todo. No soy de los que agotan sus ambiciones y se adormecen con el éxito. El más inmenso horizonte no me espanta con su extensión, sino que me atrae invenciblemente. ¡Siempre más allá y más alto! Esta es mi divisa. Marchemos, pues, y cúmplase nuestro destino hasta el fin...

— ¡Eso es hablar! exclamó Remancón. Maillane es verdaderamente el hombre fuerte, para el cual los medios no son nada y el fin lo es todo.

— En este estado de corrupción social, una voluntad tan firme tiene que triunfar...

— No vendría mal, sin embargo, un poco de prudencia, dijo como á la sordina Claudio Brun. No hay que ir demasiado de prisa ni gritar á los cuatro vientos que no se tienen escrúpulos.

Barandet se sonrió de un modo que dió á su cara toda su fealdad moral.

— Basta, dijo, que se vea por los resultados.

Remancón y Barandet se fueron á la terraza y Brun y Dartigues se quedaron solos en el despacho. Claudio tomó entonces de la mesa un paquete de periódicos y dijo :

— Te he hablado hace un momento de los artículos que publica contra tí *El Centinela del Mediodía* y parece que no les das importancia. Sin embargo, acaso te interesarán más cuando sepas quién se oculta detrás de las iniciales P. A. con que están firmados.

— ¿ Quién ?

— He tenido la curiosidad de averiguarlo, pues sabes que soy meticoloso y miro al fondo de las cosas. El firmante de los artículos de P. A. se llama Pedro Appel...

Al oír estas palabras, Dartigues, que estaba echado negligentemente en un sillón, se levantó vivamente y su semblante cambió de expresión, mientras su mirada interrogaba á Claudio.

— ¿ Appel ?

— Sí, dijo Brun con una mala sonrisa, Appel. Tienes buena memoria y te acuerdas aún, después de veinte años. Appel era aquel joven médico que vivía tabique por medio contigo en el pasaje Condorcet.

— ¡ Appel ! repitió Dartigues palideciendo. El que... No acabó la frase y Claudio lo hizo por él.

— El que tenía amistad íntima con tu antigua mujer, hasta el punto de que ese fué uno de los motivos que te hicieron expatriarte...

Dartigues no respondió. Movi6 la cabeza y pareció reflexionar. En las brumas del pasado se le aparecía

la grave y flaca fisonomía de Appel y le veía subiendo la interminable y empinada escalera de su casa, cargado de libros, y pasando silencioso por el corredor. ¡ Appel ! ¡ Qué coincidencia ! ¿ Qué venía á hacer en su vida ese fantasma ? ¿ Quién era ese Pedro Appel ? Un joven, había dicho Brun. El doctor Appel tenía más de cincuenta años y no podía ser confundido con el autor de los artículos. Dartigues levantó la cabeza y miró á Claudio.

— ¿ Has visto á ese joven ?

— No. Acababa de marcharse á París cuando llegué, pero he tenido todas las noticias que deseaba. Hay que hacer á la gente del Mediodía la justicia de que no sabe guardar nada en el cuerpo. Pedro Appel es un muchacho muy guapo, muy alegre, muy espiritual, poeta y que tiene talento...

— ¿ Pero qué es del doctor Appel ?

— En esto es en lo que no están conformes los autores. Unos dicen que es su hijo y otros que su hijastro...

— Appel no tenía ningún hijo hace veinte años y era soltero...

— Entonces, dijo Brun fríamente, será hijo de su mujer...

— ¿ De su mujer ?

— Sin duda. Ha podido darle su nombre. Eso se hace fácilmente, ya lo sabes, cuando se navega en las aguas gubernamentales. Supongamos que el doctor Appel se ha casado con una divorciada que tenía un hijo de su primer matrimonio. Ha educado al muchacho y, para suprimir todo recuerdo del verdadero padre, ha pedido autorización para darle su nombre. De este modo, ese joven que se llamó en otro tiempo...